

## ROOM NUMBER THIRTEEN

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Aquella hermosa y recia fábrica monumental de la Universidad de Virginia cuenta entre sus muchos timbres de nobleza y gloria el de haber sido madre espiritual —**alma mater**, como se dice académicamente— de un extraño estudiante cuyas huellas y reliquias se conservan allí, en el aposento que ocupara, no sabría decir si como trofeo o como estigma; si para emoción o para mera curiosidad de visitantes y turistas que asomen a conocer las historiadas aulas universitarias fundadas, organizadas y aprestigiadas por Thomas Jefferson.

El “Campus” —como se dice allá, con latino decoro— está dividido en dos grandes zonas por la vía en que se prolonga la calle principal de Charlottesville.

Yendo de ésta a la Universidad, paralelos a la vía y separados por anchos prados arbolados, se alinean con frente al Sur-Oeste los primeros aposentos estudiantiles, conjunto de bloques pesados, de ladrillo ocre, de una sola planta o piso y claustreados por soportales en arquería.

En el centro del tercer bloque está el cuarto N° 13. Por la orientación del edificio, por estar en el centro de la hilera y por no tener más que dos puertas, la que da salida al soportal y la puerta-ventana que se abre el corredor que da al prado universitario propiamente dicho, ni el sol que nace ni el sol que muere han logrado nunca entrar allí de lleno.

Colocados “en el umbral de la polvosa puerta” y mirando al interior desde una barandilla corrediza, se ve: en el primer ángulo izquierdo, el camastro, tosco, desvencijado, con un colchón cubierto de una manta vieja, parda, de florones geométricos grises y morados. En el segundo ángulo izquierdo, una silleta y una mesita rectangular de media vara de superficie; sobre la mesita un ex-candelero de cobre con un resto de vela de cera, y un libro viejo y sucio a cada lado. Tras esta mesita, la silla de escribir, o de leer, o de soñar. Detrás de esta silla, la puerta ventana del fondo, única, angosta y larga. A la derecha de ésta, contra el mismo muro del fondo por donde vamos, una mesita-lavabo de madera, con lebrillo de latón; encima, colgado, un espejo turbio, enmarcado en madera.

Viene luego el ángulo con el muro derecho; en mitad de éste se abre la chimenea, baja, y a cada lado un closet con puertas. Sobre cada closet,

sendos baúles viejos forrados en cuero, destrozados, negruzcos. Sobre el testero de la chimenea, en repisa de unos veinte centímetros, un jarrón abollado y burdo, de latón pintado, color terracota; al lado del jarrón, dos copas bastas, medianas, redimidas ahora de su vida pasada, con el aparente oficio de candelillas, por los restos de vela que hay en cada una. En el hogar hay una vasija de hierro, pequeña, como para brasero; pala y tenazas para avivar el fuego —un fuego que talvez desde la partida del huésped no ha vuelto a encenderse.

Bajo el jarrón y las copas, sobre el fondo de ladrillo, en caracteres de un jeme, hechos a pulso, imitando mayúsculas de imprenta sobre el testero de la chimenea muerta se lee la palabra del trágico retornelo: NEVERMORE.

Sobre la parte superior del marco de la puerta, ese cuarto, marcado con el agorero y fatídico 13, tiene una placa de bronce donde se lee:

EDGAR ALLAN POE

M DCCC XXVI (1826)

DOMUS PARVA MAGNI POETAE

Y tras de leerla y releerla y tornar a escudriñar el macilento albergue, me volvía hacia mi mismo para preguntarme y responderme: —¿De veras habrá sido suyo, auténticamente suyo, todo este montón de residuos?— En todo caso sí lo parece, y mucho, muchísimo. Valga al menos la buena intención, que es ya un comienzo de desagravio y contra-maldición para con el genio poético que cruzó por este misero mundo como un astro desorbitado y fatal, ceñido, como Saturno, por un doble anillo de infamación y de belleza; con el poeta que pagó el amor de las que lo amaron, grabando en inmortalidad sus nombres: Leonora y Ligeia, Annabel y Ulalume; Eulalia, Helena, Berenice; Virginia la esposa, Rosalía la hermana, Martha la maternal. Porque ya que los hombres se negaron a entenderlo, ellas, las amadas y amantes, lo intuyeron y nos lo evidenciaron. Cada una de ellas fue una parte en el secreto de ese extraño ser para quien el Amor no fue maniobra equívoca, ni rauda necesidad de placer; ni agonía por un encuentro con más de fuga que de compenetración; antes bien, en Poe el Amor fue una amistad amorosa, un tenso y afinado cordaje musical. Todas y cada una de ellas quedaron enmarcadas en un retrato oval labrado por aquellas manos de príncipe sin ventura; todas y cada una nos siguen mirando como desde el más-allá, con su pálida sonrisa de ultra terrena placidez.

Un amanecer de octubre de 1849, en un hospital de Baltimore, ignorado apenas por quienes no lo odiaban o lo envidiaban, pero amado tierna, santa, apasionada y selectísimamente, Edgar Allan Poe cerró sus ojos a la enemiga lumbre de la tierra, murmurando como plegaria entre estertores y delirios: "May Our Lord come to help my soul". Había vivido la propia expiación de su genio atormentado y tormentoso.

El 27 de enero pasado se ha cumplido un siglo de la fecha en que Poe comenzó a resucitar glorificadamente con su nombre, con su imagen y su

biografía, en el primer ensayo europeo sobre el hombre y su obra, y con la versión francesa recíprocamente glorificadora, de los “Cuentos de lo grotesco y lo arabesco”, todo ello realizado por su múltiple hermano gemelo, el satánico arcángel de “Las flores del mal”, Carlos Baudelaire.

Y el 19 de este mes de marzo se cumplirá también un siglo de haber dicho Baudelaire en carta a Saint Beuve: “Es preciso que Poe, ya que no es grande para su América, lo sea para Francia” —“Y lo segundo será suficiente y talvez preferible”— debió de contestar o decirse para sus adentros el tremendo, el terrífico Saint-Beuve.

Ningún otro poeta universal ha hecho del corazón y del cerebro como lo hiciera Poe, un doble altar para Nuestra Señora la Poesía. El mismo nos lo dijo: “La poesía no es en mí un simple objetivo, sino una pasión; una pasión sin ansia alguna de provechos o de compensaciones, o del mezquino elogio de los hombres”.

En nadie como en Poe, ha sido más radiantemente cierto que la Poesía debe ser la historia celeste de la tierra. Bien pudiera ser muy suyo el verso inmortal del parnasiano:

*¿Qué cosa puede ser lo que no sea eterno?*

Y de allí su fe y sus amores de soñador y de esteta mientras cruzara bajo el cielo desierto de almas, entre inquinas y desdenes, por sobre negaciones y calumnias, hasta desplomarse desesperadamente ebrio de alcohol, sí, de alcohol, pero también soberbiamente ebrio de inspiración y de genio, diciendo: “All I loved, I loved alone” (y todo lo que amé lo amé yo solo).

\* \* \*

Volvamos hacia el cuarto número 13. En las tardes, terminada la faena con Decanos, Profesores y estudiantes, por bibliotecas, aulas, clubes, iba a sentarme bajo uno de los árboles guardianes de ese sitio hechizante y hechizado. Las ráfagas de otoño —amadas en pena— llegaban allí, giraban, atisbaban y soltaban adentro brazadas de hojas secas, como para tibiarse el yerto aposento del amado. Y se percibía un suspiroso monólogo de hojas. Y me asaltaba la fantasía, la nunca oída voz de Eleonora o de Annabel.

Allá en el fondo, detrás de los vidros de la puerta-ventana donde se enmarcaban los rosales del jardín interior, cruzaba de pronto un difuso lampo de cielo gris y de follajes amarillos. Y me asaltaba la ilusión de los ojos nunca vistos de Berenice o de Ligeia.

## C O D A

Había finalizado octubre. La víspera de dejar esos recintos inolvidables, vagando por las avenidas me detuvo de pronto el atractivo acento con que un jardinero negro modulaba una vieja balada virginiana. Cantaba al pie de los muros en serpentina que dividen el campus, mientras amonto-

naba los últimos deshojes del otoño. Cantaba con voz cálida; lo hacía como invocando; y su cantar decía:

*Carry me back to the old Virginia.  
That's where the cotton  
and the corn  
and the taters grow;  
tha's where the birds.  
warble sweet in the spring-time...  
and that's where this darky  
longs and pines to go.*

Y yo también... pero antes de que termine otoño.